

ENTRE LAS SOMBRAS

Soy joven, lo admito, pero no es razón suficiente para que se me tome como tal. De hecho, eludiré revelar mi edad, porque se trata de un dato que podría llevar a equívocos en torno a lo que me presto a contar. No obstante, les advierto que es posible que el suceso acaecido les inspire una confusa amalgama de emociones. Tal vez sientan clemencia por mí, dichosos los que sean capaces de concebirla, o quizá la mayoría se una en un clamor contra la expiación de mi pecado.

La historia que pronto seguirá a estas líneas versa sobre la ira, la cordura enquistada, la ausencia de piedad y todo aquello que el Mal pone en nuestro camino para que nos desviemos y actuemos de la forma más inadecuada posible. Sin embargo, tampoco pretendo atribuir a una divinidad perversa la justificación de mis acciones. He obrado equivocadamente a lo largo de mis años, y no entraré en detalles, pero han de saber ustedes que las intenciones primitivas no contenían malicia. Y a pesar de este vacío, fueron las sombras de un destino tormentoso las que me llevaron a comportarme como si ignorara la existencia de un demonio en su mortaja que se me aparecería más temprano que tarde, infeliz de mí. La personificación de la ira vendría a buscarme, pero yo ya estaría muerto en vida.

No quiero ni debo ocultar que mi mente está enferma desde hace más tiempo del que puedo recordar. Muchos me han tomado por loco, otros por cruel, y algunos, los menos, han llegado a comprender la génesis de mi naturaleza. Soy todo, mas también soy nada. He creído alcanzar las cotas más altas que se puedan obtener en la vida y, craso error, la verdad me ha dado de bruces con la rapidez de un salto al vacío. Familia y amigos, casi por igual, han sufrido mis constantes flirteos con los instintos

bajos del ser humano, aquellos que la civilización ha ido relegando a la oscuridad a lo largo de los años.

He vivido, es cierto, pero no de la forma que se requiere para tener la sensación de nacer en cada instante. La búsqueda de una felicidad grotesca e irreal me ha llevado a despreciar las pequeñas alegrías que el alba trae consigo, y he dejado crecer la hierba en relaciones humanas que habrían merecido un trato lleno de cordialidad. Pero ustedes, que aún pueden oír estas palabras angustiosas que mis dedos escriben, parecen estar dispuestos a no volverse atrás y afrontar su destino, como yo mismo me vi obligado a soportarlo. Les ruego que no me juzguen con la severidad de un redentor, y lo digo porque soy consciente de que les será imposible no hacerlo, pero recuerden que, como sólo los condenados han conocido en carne y mente propia, el primer castigo del culpable reside en que jamás será absuelto por su conciencia.

La furia de la tormenta sacudió las persianas una vez más. Me revolví en la cama con los ojos cerrados, ansiando recuperar el sueño que la borrasca acababa de romper. La noche estalló de nuevo con renovadas fuerzas, y esta vez decidí rendirme y despertarme. Casi de inmediato, los truenos se volvieron a mofar de mí con estudiada crudeza.

Despejé las sábanas y caminé a través de la oscuridad hasta llegar a la ventana. Por una rendija de la persiana contemplé, entre bostezos, el cielo opaco iluminado por esporádicas centellas de luz. Esbocé una tímida sonrisa ante el culpable incorpóreo de mis penurias nocturnas y retrocedí en dirección a la cama, la somnolencia haciéndome tambalear durante el camino.

A mis oídos llegó el quejido de una puerta al abrirse. Me detuve en el centro de la habitación para agudizar los sentidos, pero no escuché nada más. Apoyé una rodilla

sobre el colchón, y luego otra. De pronto, un rumor diferente interrumpió el silencio que reinaba en el dormitorio. Identifiqué el sonido como una ligera cadencia de pasos que murmuraba cerca de la puerta quejumbrosa.

Coloqué ambos pies sobre la moqueta y deslicé la vista hacia el despertador que levitaba encima de la forma oscurecida de una estantería. La franja de números brillantes marcaba una hora intempestiva, y me resultó extraño que mis padres se hubiesen levantado tan temprano. Sin embargo, lo que realmente me inquietaba era que los ruidos se producían en la habitación de invitados, es decir, en un dormitorio *vacío*.

Permanecí quieto frente a la puerta de mi cuarto hasta que conseguí armarme de valor para girar el pomo. Suspiré, y las fuerzas debieron de entrarme por la garganta, porque llevé a cabo mi cometido. Las sombras me arroparon cuando surgí al pasillo. Los ojos entrecerrados, logré comprobar que la habitación de mis progenitores estaba cerrada y oscura. Miré a la derecha y observé una puerta semiabierta. El hueco era pequeño, pero se podía adivinar la existencia de una fuente de luz tras él.

Con cierto temor, alcé una mano y empujé la puerta. La luminosidad se extendió poco a poco hasta revelar un cuarto de baño. Al otro lado se distinguía a duras penas el resto del cuarto de invitados, aunque la bombilla del aseo sólo conseguía revelar la parte más próxima a la cama. Entré en el habitáculo y apoyé los codos sobre el lavabo. Aunque por un momento me había asustado, parecía evidente que le había conferido a una anécdota trivial el barniz de las grandes epopeyas. Simplemente, alguien había olvidado apagar la luz.

Me estiré entre inspiraciones ante el espejo, que ofrecía de mí una imagen pálida y somnolienta. Cerré los ojos y agité la cabeza para alejar una jaqueca incipiente. Cuando la vista volvió a posarse en la luna transparente, mis músculos se helaron. El marco de cristal mostraba una figura oscura que permanecía quieta a la entrada del baño. Quise

darle la vuelta, pero el cuerpo era incapaz de responder a mis desesperadas órdenes. El hombre, alto y corpulento y vestido con un abrigo negro, se acercó con dos pasos que parecieron eternos. Contemplé el rostro del ente, que permanecía en tinieblas, y sólo los cabellos desperdigados le concedían algo de humanidad. Elevó ambos brazos y posó las manos sobre mis hombros, zarpas opacas que se hundieron sin dolor en mi carne. Comencé a divisar mi propia imagen alejándose del espejo, como si no pudiera negarme a acompañar al espectro nocturno al averno del que provenía.

Salí lentamente del habitáculo, y perdí de vista mi reflejo cuando la monstruosidad que me arrastraba me condujo a través del cuarto de invitados. Recorrimos el pie de la cama hasta detenernos a un lado de la misma. Las garras me obligaron a agacharme ante un bulto envuelto en la oscuridad. Distinguí paulatinamente la forma de una persona que descansaba dándome la espalda sobre una gruesa alfombra. Al advertir mi presencia, se volteó y dejó ver un rostro anémico y levemente femenino, de órbitas desmesuradas y siniestras que parecían escudriñar en mi interior. La mujer cadavérica perfiló una sonrisa macabra y me tendió una mano de largos dedos huesudos. Hinché el pecho en busca de aire, pues el corazón comenzaba a resentirse del terrible ritmo al que estaba siendo sometido. El ímpetu regresó de improviso, así que me levanté como una exhalación y desvié la vista de la yaciente en busca del hombre aterrador. Mis ojos no lo encontraron, por lo que, zafado de las manos oscuras que me habían atraído ante la mujer no muerta, me deslicé presurosamente hacia la salida del aposento.

Corrí por el pasillo jadeando con avidez indiscriminada, siendo consciente de que todos mis conatos por mantener la calma habían sido un completo fracaso. Los fantasmas que atormentaban mi mente no se alejaron durante el trayecto, y la frenética huida me hizo llegar al salón. Entré a trompicones y me oculté tras un sofá. El aliento

me quemaba por dentro, pero intenté calmarme. A fin de cuentas, lo más probable era que estuviera inmerso en una pesadilla; tarde o temprano, despertaría.

El tiempo pasaba muy lentamente sin que ocurriese nada. Una luz blanquecina se colaba por las rendijas de las persianas e iluminaba sutilmente la sala, señal de que mi mirada se estaba adaptando a la penumbra nocturna. Desde mi posición podía atisbar la puerta del comedor, que permanecía abierta tras mi precipitada irrupción. Me preocupé por la situación de mis padres, aunque prefería aferrarme a la idea de que todo era un mal sueño.

Unos pasos lejanos centraron mi atención. Antes de que pudiese encajarlos en algún lugar de la casa, las pisadas se hicieron más fuertes. Enclavé la mirada en la entrada al salón, en espera de acontecimientos. Di un respingo cuando una mano fantasmagórica se aferró a uno de los bordes de la puerta. Era enorme y macilenta, pero permaneció quieta. Desvié los ojos en busca del espejo que adornaba el pasillo, y en él vi plasmada una forma humanoide que descansaba apoyada contra la pared. La figura se encorvaba hacia delante casi hasta llegar a sobresalir por el marco. Horrorizado, no pude siquiera suspirar de alivio cuando la garra se soltó del bordillo. La abominación continuó unos instantes reflejada en el cristal; al rato, desapareció entre las sombras del corredor.

Estaba temblando de auténtico pavor, pero sabía que no podía quedarme escondido para siempre. Huí de mi improvisada guarida y rodeé la gran mesa hasta llegar a la puerta. Con la respiración quebrando el tumultario silencio, deslicé la cabeza y ojeé ambos lados del pasillo. Tragué la poca saliva que restaba en mi boca y abandoné la estancia.

Permanecí un momento en medio del corredor, decidiendo el sentido de mis pasos: la salida del piso o la habitación de mis padres. Entre conjeturas en las que la cobardía y el valor se juraban un duelo a muerte, descubrí el espejo que me había permitido

vislumbrar al monstruo. La imagen que de mí proyectaba era en cierto modo espectral, los ojos de sangre y el rostro ajado. Bajé la cabeza un instante, y me asusté cuando percibí que la figura del cristal *no* seguía mis movimientos. La aparición abrió la mirada desmesuradamente y en el semblante se dibujó una sonrisa cruel que se torcía en una mueca de deformidad imposible.

Afronta tu destino. Las palabras surgieron como una aflicción de los labios macabros de la efigie, y el contorno de la superficie de vidrio comenzó a resquebrajarse. Al tiempo que la limpidez se astillaba y perdía su naturaleza, mi percepción captó el cadente susurro de unos pasos que se dirigían hacia mi posición. Probé a escudriñar la oscuridad, pero no conseguí discernir nada. Me volví hacia el espejo roto y me percaté de que volvía a recobrar su transparencia. Además, la imagen inhumana había desaparecido, dejando paso a mi auténtica representación: la de un chico helado de miedo hasta los huesos.

Las pisadas husmeadoras se detuvieron frente a mí, y los haces de luz que provenían del salón descubrieron unas manos demacradas. Un vertiginoso escalofrío me recorrió la espalda cuando surgió de las sombras una aberración de rostro descarnado que me contemplaba con órbitas impías de azul cobalto. El muerto viviente acercó su cuerpo encorvado hacia mí, las garras moviéndose. Me giré e impulsé ferozmente las piernas con la intención de desgarrarme los músculos corriendo, pero comprobé, aterrado, que no conseguía avanzar. El corazón aulló cuando una mano cadaverizada me enganchó de la garganta desde atrás y...

...desperté. Empapado en sudor, abrí los ojos y me percibí envuelto en la oscuridad de mi habitación. Me incorporé sobre la cama con un terrible dolor de cabeza. Inesperadamente, los brazos dejaron de responderme, obligándome a regresar a la posición de yaciente. La estancia se llenó de un resplandor blanquecino similar a la

niebla que iluminó tenuemente mi alrededor. Torcí el cuello para revisar las extremidades superiores, y contemplé, el pánico carcomiéndome por dentro, cómo mis brazos no eran coronados por manos, sino por muñones que desprendían horrendos fluidos carmesíes. Aunque la habitación destelló y permaneció cegadora, la visión se volvió borrosa al mismo tiempo. Agité el pescuezo, atormentado ante la decrepitud que me asolaba, y la vista retornó parcialmente, mas esta vez sólo distinguía *sangre*. Intenté gritar que era una pesadilla, sólo un horrible sueño, pero mis cuerdas vocales se habían resquebrajado por completo, y no logré emitir sonido alguno. Identifiqué una forma humanoide e inclinada que se acercaba a mi lecho. Entre sombras de profundo color escarlata, no pude más que desesperarme al sentir la mirada del engendro sobre mí, un demonio amortajado que me llevaría a replantear el resto de mi existencia. Una vez marchito el cuerpo, la ira y la culpa me traspasaron el alma sin piedad, como si la más pura de las condenas de Caín se hubiese revelado ante mis sentidos, que se apagaban por momentos. Mientras la muerte me consumía en vida, a mi cansada conciencia arribó una miríada de voces extrañas y familiares que se fundieron en unas palabras, malditas ellas, que recordaría durante toda la eternidad.

Afronta tu destino.

FIN